

ahora, a Joyce. En *Miramar* se despliegan las voces antagónicas del Egipto de la victoria. Un tono común las une: la desolación, el escepticismo, la desconfianza. Al cruzar el callejón, los sueños han caído. La vieja ciudad ha perdido su centro, y la nueva ofrece sólo misterio y desencantos. Si en *El callejón* la vida de los personajes se cruzaba en densas redes de relaciones sociales y privadas, en la pensión de *Miramar* la existencia de cada personaje es un hilo frágil y solitario, imposibilitado, a pesar de su convergencia con el resto de los hilos de la acción, de encontrarse jamás con ellos. Nihilismo, vacío, muerte y olvido parecen ser, según Naguib Mahfouz, los puntos terminales de la aventura iniciada con el abandono del callejón. Mahfouz, nostálgico amante de los barrios viejos de El Cairo, concluye *Miramar* con un párrafo del Corán, quizá una poesía substitutiva del alma de un país que se adentra en un nuevo orden social y espiritual. ♦

Naguib Mahfouz, *El callejón de los milagros*, Alcor, 1988.
Miramar, Icaria, 1988.

UN VIAJE EN ZEPPELIN

NOSTALGIA AÉREA

Por Sebastián Callol

“Quiero aclarar que la historia que cuenta este libro es una visión muy íntima y personal del accidente del Zeppelin Hindenburg. Retomé los hechos a partir de las fotografías que cayeron en mis manos y de las historias que escuché alguna vez. Los personajes que aparecen en él son reales; sus apariciones son una interpretación mía... Este libro lo comencé en mayo de 1987, cincuenta años después del accidente en Lakehurst. Sea pues este libro —hecho con mucho cariño y respeto— un pequeño homenaje.”

Éstas son, en un pequeño extracto, las palabras con las que Yani Pecanins comienza su libro *Un viaje en Zeppelin*. Realizado por Cocina Ediciones Mimeográficas, este es uno más de los libros-objeto (libros de artista) que Yani realiza y exhibe en El Archivero, sitio dedicado en su totalidad al libro-objeto.

Se cuenta también con el valioso apoyo de una documentación que Yani Pecanins fue recopilando a través de los años sin tener siquiera en mente la manufactura de esta obra casi artesanal: fotografías, películas, recortes, testimonios, zeppelines que eran juguetes, prendedores, carteles, sellos de goma, en fin, la reunión y reconstrucción de datos a partir de un accidente multicitado en su momento, llevaron a Yani a poder conjugar todas esas búsquedas (a veces inconscientes) en el libro que hoy nos ocupa.

De carácter eminentemente visual, *Un viaje en Zeppelin* está conformado por páginas en las que todo puede suceder: hay que completar un rompecabezas de pequeñas secciones engomadas del momento en el que el Zeppelin se incendiaba de la cola y comenzaba a caer. La gente corría y nada podía evitar la catástrofe presenciada por varios cientos de testigos; de un pequeño sobre sale el retrato de una niña vestida de mexicana, en su infancia, en su pequeñez ignorante de lo que le esperaba; dos cortes transversales de la nave con una escueta explicación de dónde estaba qué parte: cuarto de máquinas, comedor, piano, salón principal; recortes de periódico en los que se menciona a la familia Doehner “of this city, who were aboard the Hindenburg with their three children, were prominent members of the German colony here”; la página reducida de *The New York Times* del día siete de mayo de 1937 dando la noticia a ocho columnas; el esqueleto del aerostato en el suelo, como si hubiera sido una víctima de chacales o leopardos o pirañas que le arrancaron hasta el último tendón de vida; la página enlutada que se abre como ventana para dejar descubrir tras la madre a la hija desaparecida.

Todo el viaje está en estas páginas. Algunas de ellas alcanzan una fuerza tal, que lejos de la sensiblería y de la evocación de un accidente de dimensiones mayúsculas, logran “entrampar” al lector (al veedor, en este caso) y capturarlo como lo hubieran hecho en aquellos días, hace más de cincuenta años, las más explícitas notas periodísticas y las mejores fotografías logradas en el momento.

Por último, una maleta de papel conserva en su interior tres postales, es decir, tres momentos del Zeppelin: Su vuelo majestuoso sobre Nueva York, el momento del incendio de la cola del aparato y, por último, la estrepitosa caída de éste y su aparente desintegración contra el suelo. El colofón más trágico e inevitable de una travesía.

“Una tormenta se aproximaba en el cielo, así que el Zeppelin llegó a la torre de aterrizaje a las 7 de la noche, trece horas más tarde de lo programado. 200 hombres en tierra esperaban su llegada para ayudarlo a bajar. El capitán hizo algunas maniobras para acomodarse y lanzar las cuerdas de aterrizaje.

“... Cafa una ligera lluvia. Los pasajeros se asomaban para ver algún amigo o familiar esperándolos. Se dejó sentir un peso en la cola de la nave; el dirigible se estremeció. Alguien vio fuego... en cuestión de segundos las llamas corrieron de la cola a la punta haciendo que la parte trasera cayera al piso. Algunos pasajeros salieron por las ventanas y los fierros ardiendo; en 34 segundos el Hindenburg se desplomó envuelto en llamas. De 97 personas que viajaban a bordo se salvaron 62. No se supo realmente qué causó la explosión del Hindenburg, pero fue el último viaje de la compañía Graf Zeppelin.”

Viajamos en él cada que destapamos este libro. Cada vez es un viaje nuevo, distinto, y en todos morimos un poco, siempre de diferente modo; en todos también nos salvamos, también de diferente manera. Cada viaje en Zeppelin es un homenaje íntimo. Cada viaje es el último y el primero. ♦

Yani Pecanins, *Un viaje en Zeppelin*, Cocina Ediciones Mimeográficas, México, 1988.

